

33. No cesaba San Agustín entre tanto de escribir al inconstante Bonifacio, para retraerle de sus extravíos y hacerle conocer la vanidad de los bienes mundanos. Hállase en una de estas cartas el pasage siguiente (1): „orad al Señor, que puede sacaros de las mayores necesidades, para que algun dia podais lo que al presente no podeis.” Para impedir que toda alma recta abuse de estas palabras, basta recordar

Gunderico como bárbaro y arriano destruir y robar la gran Iglesia de San Vicente Mártir, muy notable entonces por sus riquezas y religion; mas el castigo de Dios le siguió de cerca. Al poner el pie en la puerta del templo, cayó repentinamente herido de muerte, y por mas que se le prodigaron todos los remedios del arte, murió en el mismo lugar entre horrosas convulsiones. Muerto así Gunderico hácia el año 427, eligieron los Vándalos por Gefe de su nacion á Genserico, su hermano bastardo, mucho mas cruel y ambicioso que su predecesor; el cual llamado en el 429 por el Conde Bonifacio, pasó con toda su gente al África. Véase el P. Mariana lib. 5, cap. 3. Ortíz compend. lib. 5, cap. 1, y generalmente todos nuestros historiadores.

En el corto tiempo que reinó Genserico en España, principió á dar muestras de su ferocidad, y del cruel odio con que aborrecia á los Católicos. San Gregorio Turonense en el lib. 1 de la gloria de los Mártires, hace mencion de una santa doncella, sin espresar su nombre, á la que el mismo Genserico mandó atormentar en el ecúleo, azotar, quemar los costados, cortar los pechos, y morir por último al filo de la espada, por haber permanecido constante en la confesion del catolicismo. Así se ensayaba el feróz Vándalo en aquellas atrocidades que después inundaron de sangre toda el África.

Los Godos estendieron en este espacio de tiempo los límites de su Imperio, bajo la conducta de Teodoro, ó Teodorico como le llama San Isidoro, á quien eligieron en lugar de Wallia.

(1) *August. Epist. 220. alias 70.*

la ocasion en que el Santo las pronunció. Habiendo contraido un nuevo lazo el Conde Bonifacio, después de haber hecho voto de continencia, y no siendo dueño de guardarlo después de su union con una muger que le habia creído libre, San Agustín le dice, que aconseje á su esposa la práctica de esta eminente virtud, pero sin obligarla á ella; y pida al Señor que la dicte esta resolucion para poder practicar entonces él mismo lo que habia ofrecido, y lo que le prohibia observar con entera libertad la obligacion del matrimonio. No hay nada en esto sin duda de donde pueda inferirse, que hay circunstancias en que obligándonos los preceptos nos sean de todo punto imposibles.

34. Las exhortaciones del santo Obispo, y aun tal vez mas el haber descubierto Bonifacio la infamia de Aecio, causaron el arrepentimiento de los culpables empeños en que estaba con los enemigos del Imperio. Por otra parte Placidia, que tenia presentes los antiguos servicios del Conde, le ofreció con juramento un perdon completo con tal que arrojase del África á los bárbaros que habia atraído á ella. Pero habiendo sido muy fácil el hacerlos entrar, era muy difícil obligarlos á salir. Habian ya cobrado amor á sus nuevas habitaciones, y su Rey Genserico, jóven, ardiente y lleno de valor y penetracion, hacia en extremo delicada toda propuesta de regreso de cualquiera manera que se le presentase. Bonifacio le ofreció desde luego dinero en recompensa de sus promesas. Genserico respondió con altivez: yo pasé los ma-

res en busca de un trono, y no volveré á atravesarlos con las condiciones que se me proponen. En fin, despreció cuanto se le ofrecia; y el Conde se vió obligado á recurrir á las armas, en las que fue tan desgraciado como en las negociaciones. Los Vándalos habian pasado al África en mucho mayor número del que se habia creído, y sin contar los de su nacion llevaron consigo Godos, Alanos, bárbaros y bandidos de todas especies. No obstante, todos y San Agustin el primero quedaron atónitos á vista de la victoria que ganaron contra Bonifacio, el cual hasta entonces habia sido el terror de aquellos pueblos indisciplinados, y poco antes habia disipado innumerables enjambres de ellos con un corto número de soldados. Después de esta imprevista derrota, le persiguieron los bárbaros con más vigor, y con dificultad se salvó en Hipona donde le cercaron. Sin embargo, pudo escaparse de esta plaza que fue tomada después de catorce meses de asedio. En vano intentó más adelante libertar al África con las fuerzas reunidas de los imperios de Oriente y Occidente, y al fin murió en Roma de las heridas que habia recibido. Mas alcanzó sobre sí mismo la más gloriosa de todas las victorias, no solo sujetándose á su Soberano, sino tambien reconociendo las cualidades brillantes de Aecio, con el cual aconsejó á su muger que se desposase, por ser el mayor Capitan del Imperio.

- 35. Después que los Vándalos consiguieron su primer triunfo, se derramaron fácilmente por toda el África, así en las ciudades como en los pueblos, so-

metiéndose todos, ó huyendo antes que llegasen. Las únicas que los obligaron á formar sitio fueron Cirtha, Cartago é Hipona (1). Por do quiera se veían ciudades desoladas, edificios entregados á las llamas, ciudadanos errantes ó degollados en los caminos. Los que antes ocupaban las primeras dignidades fueron reducidos á la más dura servidumbre. Las mugeres más distinguidas, que habian tenido á sus órdenes multitud de esclavos, se veían obligadas á servir á unos feroces y groseros dominadores en los más bajos y molestos oficios; de modo que parecían más felices las que gemían bajo el peso de las cadenas. Otras muchas fueron degolladas, abriéndolas indignamente el vientre, arrancándolas los hijos de su seno y de los brazos de sus nodrizas; y arrojando á estos infelices en los caminos como un peso inútil, se impedía á las madres el llevarlos vivos ó sepultarles después de muertos. En fin, murió gran multitud sin recibir el bautismo.

Eran Cristianos los Vándalos, pero Arrianos furiosos y no menos implacables contra los Católicos, conservando la feróz impiedad de la idolatría. Cesó de todo punto y por largo tiempo el culto público, las cosas santas fueron profanadas, y los templos convertidos en pavesas (2). Por lo que hace al canto de los Salmos, al santo Sacrificio, á los Sacramentos y á todos los ejercicios de la Religion, ni se hallaban fieles que participasen de ellos, ni ministros que los administrasen. Después de los soldados y de los grandes que podian defender la república, ningún Roma-

(1) *Procop. de Bell. Vandal.* (2) *Vici. Vic. lib. 1. cap. 20.*

no corría más riesgo de ser el blanco del furor de los enemigos que las personas consagradas á Dios. Al principio se guarecieron muchos en los castillos y fortalezas de las inmediaciones; pero habiendo sido muy pronto arrojados de allí y muertos, los otros se escondían en lo más enmarañado de los bosques, ó en las tenebrosas cavernas, de donde el hambre los espelía despues y los obligaba á volver en busca de su subsistencia, pidiendo vergonzosamente; ó mas bien á hallar una pronta muerte en la venganza indómita del vencedor.

Pareceria exagerada esta pintura que hacen los escritores Africanos y especialmente Posidio, Obispo de Cálama, en la vida de San Agustin su contemporáneo y amigo, si no nos constara el exceso y los motivos porque los Vándalos estaban irritados contra los Africanos. No solo los perseguian como súbditos del Imperio, sino que miraban con execracion la corrupcion espantosa de sus costumbres. Siendo naturalmente no menos castos que implacables y crueles, miraban como laudable y glorioso el purgar la tierra de estos monstruos de impureza. Para lograrlo, despues de haber sacrificado cuanto caía en sus manos, no omitian medio alguno de afligir con el hambre á los demás, cortando los árboles en el campo, inutilizando los frutos, y talando generalmente todo lo que podia ofrecer alguna subsistencia á los miserables, que sepultados de dia en las grutas, salian en la obscuridad de la noche á buscar algun alimento cerca de los lugares habitados ó cultivados.

36. Salviano, que vivia entonces, describe con la mas enérgica elocuencia los desórdenes odiosos del África, y las estremadas calamidades que la atrajeron consigo (1). En una obra dirigida á Salonio, Obispo de Viena, é hijo de San Euquerio, aquel ilustre ciudadano de Marsella, Sacerdote solamente, pero llamado por su profunda inteligencia el maestro de los Obispos, emprende justificar la providencia y remover el escándalo que causaban á los débiles en la decadencia del Imperio, tanto las desgracias de los Romanos, Cristianos y Católicos, como la prosperidad de los bárbaros, hereges ó gentiles. Asegura, comparando á los Africanos súbditos del Imperio con las otras naciones que le asolaban, que el conjunto de vicios, de los cuales uno solo era suficiente para hacer odiosa cada una de estas naciones, estaba concentrado en el África donde iban á precipitarse como en una cloaca inficionada, despues de haber manchado con su corriente lo demás del universo.

37. Sí, dice Salviano, los pueblos que llamamos bárbaros y que son comparados á las bestias feroces, tienen cada uno su vicio, pero á lo menos no los tienen todos juntos. Son traidores los Godos, pero castos: los Alanos mas licenciosos, pero enemigos de toda perfidia: los Franceses ligeros, pero benéficos y sociables: los Sajones por el contrario muy crueles, pero en cambio miran con tanto horror la impureza que mueven nuestra admiracion. Los Vándalos vencedores del África no son menos recomendables por su amor

(1) Salvian. de Gubernat. lib. 7. et 8.

á esta virtud; y si son orgullosos, despreciadores y soberbios, lo que ellos desprecian mas en sus vencidos son los ultrages hechos al pudor no menos por las mugeres que por los hombres. La impudencia de este sexo deshonorra con solo la aversion al retiro; y es como una infamia triunfante en las concurrencias públicas. Si todos estos pueblos tienen algun defecto, tambien se distinguen por alguna virtud. Pero en los Africanos, no sé qué cosa los denigra mas, si la inhumanidad, la perfidia, la avaricia y el robo, la embriaguez, las blasfemias y los perjurios. No hablo de su impureza, pues quanto esceden á todos los estrangeros en los demás vicios que acabamos de referir, tanto se esceden á sí mismos en su rabiosa sed de los torpes deleites. ¿Quién ha mirado al África nunca como una tierra comun, destinada para habitacion de animales dotados de razon, en quienes la carne debe estar sujeta al espíritu, y no como guarida de la obscenidad, ó como un inmenso hogar de las pasiones ignominiosas, que siempre la han abrazado?"

Este orador vehemente, que en esta pintura quizás da un tanto en declamador, nos suministra un testimonio del poder de la Religion sobre las costumbres de los Africanos mismos, pues con su conversion á la fe, la virtud milagrosa de la gracia habia mudado á muchos de ellos admirablemente. Pero si exceptuamos, continúa Salviano, estos siervos sinceros del verdadero Dios, ¿qué vienen á ser todos los demás? ¿Qué fenómeno es un Africano casto! Es un

prodigio tan pasmoso como una víbora sin veneno, y un tigre sin ferocidad: es en fin un Africano que deja de serlo. No tanto á la severidad del Señor, como á la enormidad de los pecados del África, debemos atribuir los excesos de crueldad cometidos en ella por sus bárbaros vencedores. Si los Vándalos la han devastado, tambien la han purificado, y han hecho lo que no han podido las leyes romanas. Ellos han reprimido las pasiones vergonzosas, no como los Romanos que se hacen culpables de robo y adulterio al mismo tiempo que los proscriben, sino imponiendo á los esclavos la necesidad de imitar á sus tiranos, y sacrificando á su crueldad á los que no se conformaban con su ejemplo." Los Vándalos lograron efectivamente acabar en África con los burdeles y ramerías. Obligaron á todos á contraer matrimonio, y castigaron con pena de muerte á las mugeres que no se contentaron con un esposo. Mas solo despues de haber tomado la capital, cuando ya estaban cansados de matar, y temiendo reinar únicamente sobre desiertos, usó en fin su feróz virtud de estos temperamentos.

38. Entretanto estrecharon vivamente el sitio de Hipona (1). Un gran número de Obispos, unos porque no tenían ya grey habiendo sido degolladas sus ovejas ó miserablemente dispersadas; otros para impedir la total estincion del Episcopado en África, mas bien que por la conservacion de sus propias personas, quando eran todos buscados con un rigor y encarnizamiento

(1) *Posid. Vit. S. August. cap. 29.*

to obstinados, se refugiaron en las plazas que mas seguras juzgaban. Posidio, amigo del santo Obispo de Hipona, y otros muchos Prelados comarcanos, habian elegido este último asilo que era bastante ventajoso, pero estaba cercado por do quiera y lleno de estrangeros que hacian subir de punto las necesidades de cada dia. Esforzabase y sacrificabase el generoso Agustin por socorrer á todos, pero no podia ni aun privándose de las cosas mas necesarias. Con la uncion de su elocuencia y la efusion de sus afectos suplió lo demás, consolando á lo menos á los infelices cuya miseria no podia socorrer. Mostraba en su apacible semblante un aire de resignacion y serenidad que se comunicaba á la multitud que de dia y de noche le rodeaba, mientras que él experimentaba con la mas dolorosa sensibilidad la pena aun mas cruel de ahogarla en lo mas recóndito de su pecho. Si podia separarse algun tiempo de la vista de tantos infelices y molestos testigos, se deshacia en lágrimas delante del Señor, y le conjuraba que aceptase el sacrificio de su persona por su pueblo; ó que si no se dignaba aceptarle, le sacase del mundo antes de la toma de la ciudad, y no le hiciese espectador de tan horrible escena.

39. Mientras que los bárbaros desolaban la Iglesia por todas partes, hacia el Señor resplandecer de todos modos los efectos de su gracia, que siempre admirable en sus Santos, se reproduce en sus obras bajo mil diversas formas. Entretanto que Agustin se elevaba á la mas eminente santidad por la sencillez

de la fe y por unas virtudes comunes en la apariencia, Alejandro, autor del instituto de los Acemétas, esto es, de los que no duermen, caminaba al mismo término por las sendas mas estraordinarias (1). Este gran Santo, oriundo de linage illustre, tuvo antes en la corte de Constantinopla unos puestos dignos de su cuna.

Abandonó las grandezas de su siglo, distribuyó sus riquezas á los pobres y se retiró á un célebre monasterio de la Siria; y progresando cada dia mas en la perfeccion y en el desprecio del mundo, se internó en el desierto, de donde al cabo de siete años se vió en la precision de huir por humildad. Habia convertido á muchos Paganos habitantes de una ciudad contigua con su Gobernador llamado Rábula, atraido por la reputacion del Santo. Todos querian tener por Obispo al que reconocian por Apóstol, y así con un pretexto de celo le persuadieron que viniese á su ciudad cuyas puertas guardaban escrupulosamente, estando resueltos á no dejarle volver á su retiro. Llegó pues sin la menor desconfianza, pero conociendo las asechanzas que en su concepto armaban á su inadvertencia y á su flaqueza, hizo que le bajasen durante la noche por los muros de la ciudad metido en una espuerta, como si se tratase de evitar el mayor riesgo. Caminando despues dos dias y dos noches por medio de los desiertos, no hizo detencion alguna hasta llegar á un parage remoto y fragoso donde se consideró á cubierto de las tentativas.

(1) Bolland. 15. Jan.

Tambien servia de guarida este no conocido asilo á una numerosa compañía de facinerosos, á los cuales convirtió con la eficacia de sus exhortaciones y súplicas. El gefe de estos ladrones dió el ejemplo á los demás y recibió tambien el primero la recompensa de su docilidad, habiendo tenido una santa muerte á los ocho dias despues de su bautismo. Los demás transformaron su caverna en un monasterio, y dirigidos por un superior que estableció Alejandro, edificaron con sus virtudes aquel territorio que hasta entonces habian llenado de terror y espanto.

40. Rábula, Gobernador de la ciudad convertida, que por la falta de Alejandro quiso nombrarle por su Obispo, renunció igualmente á todas las grandezas del mundo y se hizo anacoreta; pero despues le arrancaron de su soledad para colocarle en la Silla de Edesa, Metrópoli de Mesopotamia. Su muger edificó una casa religiosa en donde se consagró al Señor con sus hijas y domésticos.

Llegó San Alejandro por su parte á las riberas del Eufrates, á hacer el primer establecimiento de la salmodia perpétua. La comunidad que instituyó allí se aumentó en poco tiempo hasta el número de cuatrocientos monges Sirios, Griegos, Egipcios y Latinos. Dividíanse en muchos coros, sucediéndose unos á otros sin que hubiese momento alguno del dia ni la noche en que esta celestial morada cesase de resonar con las alabanzas divinas. Vivian en un desprendimiento tan grande como si no tuviesen cuerpos, imitando en todo la vida angelical. Usaban siem-

pre de una túnica, y no tenian mas alimento que el necesario para el dia. Por la tarde daban á los pobres lo que les quedaba, sin guardar cosa alguna para la mañana siguiente; mas á fin de que su establecimiento fuese aun mas útil á la Religion, reunió Alejandro á la oracion y contemplacion la vida activa del apostolado, enviando setenta discípulos á predicar la fe á los gentiles.

Tan buenas obras no pudieron eximirles de la persecucion. Sus viages evangélicos y su continua oracion sirvieron de pretesto para confundirlos con los Mesalianos, llamados tambien euchítas, de la palabra griega que significa orantes: hereges, ó para hablar mas propriamente, fanáticos y entusiastas, naturales de Mesopotamia como Alejandro; los cuales tomando literalmente el precepto de la oracion continua, reducian toda la Religion á la oracion, y negaban toda la eficacia y virtud del bautismo y de los sacramentos: gentes por otra parte ociosas y vagamundas que corrian el mundo, y predicaban sus delirios como revelaciones y artículos de fe, negándose casi siempre á admitir ó creer otros.

Estos sectarios eran en extremo disimulados, perjuran sin escrúpulo; y siempre que convenia á su tranquilidad, anatematizaban sus errores sin abandonarlos: siendo mirados con gran desconfianza, Alejandro, á quien se confundia con ellos, tuvo mucho que sufrir. Habiendo venido á Antioquia, donde no habia estado despues de veinte años, envió el Patriarca Teodosio un eclesiástico llamado Malco para

arrojarle de la ciudad, el cual le dió una bofetada en público. Tranquilo Alejandro y aludiendo al siervo de quien se habla en el Evangelio, que dió al Salvador una bofetada, dijo: *y el nombre del siervo era Malco*. Le defendió el pueblo que hacia mas justicia á Alejandro que el clero, y Malco tuvo que retirarse ignominiosamente.

Salió no obstante Alejandro de Antioquia, y aun se disfrazó de mendigo para viajar con mas libertad; y pasando por un monasterio llamado Chriten se admiró de ver allí establecida la salmodia perpétua, pero reconoció que esta casa habia sido fundada por uno de sus discípulos. En fin pasó con los demás á Constantinopla, y dió principio á otro establecimiento de su instituto, en el cual dentro de poco tiempo se contaban trescientos monges distribuidos en coros de cincuenta, que se sucedian sin interrupcion los unos á los otros. Tambien fueron allí perseguidos y tenidos por sospechosos de mesalianismo como en el Asia. Encarcelaron al maestro y se dispersaron los discípulos, pero al fin se juntaron con él el dia mismo en que recobró su libertad. Entonces todos juntos pasaron á la embocadura del Ponto Eusino, á establecer un nuevo monasterio de anacoretas donde San Alejandro murió hácia el año 430.

41. A los principios de este mismo año, conoció evidentemente San Agustin que el Señor habia oído la oracion que le hizo, suplicándole que no viesen sus ojos la última calamidad de su pueblo (1). Ha-

(1) *Posid. Vit. August. cap. 29.*

biendo caido enfermo al tercer mes de sitiada Hipona, se preparó desde luego para morir como un hombre que estaba seguro de no restablecerse de esta enfermedad. Tanto temor mostró de los juicios de Dios, como si aun no hubiera hecho penitencia alguna. No le inspiraban tanta confianza los innumerables y penosos servicios hechos á la Iglesia, tantos escritos contra los hereges, tantos cismáticos convertidos en sus conferencias, tantos pecadores arrepentidos y tantos santos formados por sus cuidados, tantos clérigos y vírgenes que habia dirigido á la perfeccion, tantos rigores egercidos consigo mismo, y por fin tantas virtudes tan puras é ilustres, como le causaban llanto y sentimiento los estravíos de su juventud.

„Si las almas mas inocentes, decia muchas veces á los amigos que tenia al rededor, no deben salir de este mundo sin hacer penitencia; ¿qué disposicion debe ser la de las que tan tarde principiaron á conocer y servir á Dios?” Consiguiente siempre á sus máximas y á su método, las obras satisfactorias que mas le agradaban, eran las menos notables y las menos susceptibles de ostentacion; así como el sufrimiento de sus males y aun los remedios tomados con resignacion y fe, como penas del pecado. Mandó escribir en algunos cartones los salmos penitenciales, que son pocos segun el autor de su vida y verosilmente los mismos que nosotros usamos. Ordenó que los colocasen á su vista para conservar hasta el postrer suspiro todo el fervor de su compuncion. Y para no distraerse de estos piadosos pensamientos en los diez